Mayo 2023

Colegio
Montessori
Un lugar para hacerse persona

Virgen Madre

Sabemos que gracias al bautismo nos convertimos en hijos de Dios. La Virgen María es la Madre de Dios, por lo tanto también Ella es nuestra Madre. ¿Por qué nos olvidamos de esto? ¿Por qué no tratamos a la Virgen como lo que realmente es, una Madre? ¿Por qué no acudimos a Ella en busca de fuerza, consuelo, apoyo, luz...como lo hacemos con nuestra madre en la tierra? ¿Por qué desperdiciamos su compañía? Ella es nuestro refugio y está pendiente de nosotros las veinticuatro horas del día, como cualquier otra madre.

Reconocer a María como **Virgen Mediadora** es una consoladora y entrañable verdad que aparece ya desde la primitiva cristiandad. *La Virgen desde el cielo en su calidad de Madre espiritual de todos los hombres, más que la mejor de las madres, conoce todas las necesidades materiales y espirituales de sus hijos y, en especial, de todo lo que se relaciona*

con su salvación eterna. Acojámonos a su protección de Madre para que nos libre de los peligros y acudamos a Ella si nuestra fe es débil para que interceda ante su Hijo.

Si María por la **Encarnación** nos ha dado la Fuente de todas las gracias (Cristo), es lógico que también coopere en la distribución de todas ellas. No lo olvidemos: **Dios vino al mundo por medio de María. El mundo volverá a Dios por medio de María**.

En época más cercana, la fórmula ad *Iesum per Mariam* está ligada de manera especial a san Luis Mª Grignion de Monfort. Él defendía que Dios se ha hecho hombre por María y ha querido que todo lo alcancemos por María; María ha sido, pues, el camino escogido por Dios *para darnos su Amor*; por tanto la devoción a María es también camino seguro *para ir a Jesucristo*. Podríamos llamarlo el camino de María, camino de ejemplo de la Virgen de Nazaret, mujer de fe, de silencio y de escucha. Los Misterios de Cristo son también, en cierto sentido, los misterios de su Madre, incluso cuando Ella no está implicada directamente, por el hecho mismo de que Ella vive de Él y por Él. (Carta Apostólica Rosarium Virginis Mariae, San Juan Pablo II).

Recuerdo una estampa de la Virgen que tenía mi padre siempre bien a la vista en su mesa del despacho, en ella se leía esa preciosa cita de Mateo 11,28: *Venid a mí los que estéis cansados y agobiados, que yo os aliviaré*. ¡Cómo reconfortan esas palabras! La Virgen María nos consuela indicándonos que acudamos a Jesús para recuperar la alegría y la paz que brotan de su Resurrección. María nos espera para abrazarnos cuando sintamos el cansancio de la lucha diaria, la tristeza de nuestros fracasos, la tentación de tirar la toalla… Con Ella a nuestro lado nada ni nadie podrá apartarnos del Amor a Jesús. Ella nos ayuda a ser felices y... ¿Quién no quiere ser feliz? Pues entonces pidámosle humildad para que la soberbia no nos ciegue y nuestro yo nos impida ver a los demás. Pidámosle ser libres de nosotros mismos.

EN EL MES DE MAYO

Cuando iba al colegio y llegaba el mes de mayo nos hablaban de llevarle flores a la Virgen. Yo siempre llevaba calas, no sé muy bien por qué, pero esas bonitas y olorosas *flores* se pueden convertir en otros **regalos** a nuestra Madre en forma de jaculatorias, ofrecimiento de obras, oraciones, buenos propósitos, estudio de las enseñanzas de la Iglesia y de los grandes teólogos marianos, novenas, romerías…

Tantos y tantos hombres y mujeres practicando devociones marianas, expresando de mil formas diferentes su cariño a la Virgen Santa María… nos hace sentirnos iglesia, más hermanos unos de otros.

Y, por supuesto, con el rezo del **Santo Rosario**.

"¿Quieres amar a la Virgen? Pues trátala. ¿Cómo? Rezando bien el Rosario de Nuestra Señora. Pero en el Rosario… ¡Decimos siempre lo mismo! (…) ¿Y no se dicen siempre lo mismo los que se aman? … (San Josemaría, Prólogo del Santo Rosario).

San Juan Pablo II decía: *El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad.*

Las **letanías** del Rosario son ruegos o súplicas que hacemos a Dios, a nuestro Padre, a través de la Virgen María. Con las letanías otorgamos títulos de honor a nuestra Madre María para que por su divina providencia interceda en nuestro nombre.

Creo que merece la pena, por su belleza, leer con calma y devoción la oración que el Papa Francisco rezó ante la imagen de la Virgen del Rosario:

"Virgen del Santo Rosario, Madre del Redentor, mujer de nuestra tierra encumbrada por encima de los cielos, humilde sierva del Señor, proclamada Reina del mundo, desde lo profundo de nuestras miserias recurrimos a ti. Con confianza de hijos miramos tu rostro dulcísimo.

Coronada con doce estrellas, tú nos llevas al misterio del Padre, tú resplandeces de Espíritu Santo, tú nos donas a tu Niño divino, Jesús, nuestra esperanza, única salvación del mundo.

Brindándonos tu Rosario, tú nos invitas a contemplar su Rostro. Tú nos abres su corazón, abismo de alegría y de dolor, de luz y de gloria, misterio del Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros. A tus pies sobre las huellas de los santos, nos sentimos familia de Dios.

A ti nos encomendamos, Madre de misericordia: obtennos el perdón de Dios, ayúdanos a construir un mundo según tu corazón.

Y nuestro beso a ti, en nuestro último respiro, nos sumergirá en una ola de luz, en la visión de la Madre amada y del Hijo divino, anhelo de alegría de nuestro corazón con el Padre y el Espíritu Santo".

LA VIRGEN COMO MODELO

En estos tiempos que corren, tan convulsos, tan difíciles, no debemos olvidarnos de mirar a los ojos de María y pedirle fuerza para ir contracorriente. La valentía y la coherencia de la vida de nuestra Madre ha de ser modelo a seguir en nuestro día a día. **Si no tenemos fe, pidámosla. Si la tenemos, acudamos a Ella para que por su intercesión Dios nos la afiance y refuerce**. Ella al dar aquel *sí* que cambió la historia se abandonó en los brazos del Padre y aceptó con valentía el proyecto de Dios.

Roguemos al Espíritu Santo la fuerza necesaria para que cada uno de nosotros, en nuestras circunstancias, pronunciemos un sí a los planes que Dios tiene previstos para nosotros, sin prejuicios, sin miedos, sin reservas. Con fe, humildad, docilidad y generosidad.

María no cuestionó nunca la Voluntad divina, a pesar de enfrentarse a

incomprensiones e injusticias. Quizá en el momento actual nos dé miedo las burlas, las humillaciones a las que quizá podamos enfrentarnos si decimos claramente que somos cristianos, que creemos en Jesús y que tenemos a María como modelo. Jesús nos pidió que fuéramos misioneros... hemos de dar testimonio de nuestra fe y además con alegría.

Como **Estrella** que es nos guía con su luz por el camino, a veces pedregoso, de la fe. Tendremos que decir no a muchas cosas, pero *no* lo consideremos una renuncia si no una inversión en nuestra salvación.

Que Ella nos ayude a darle un valor santificante al **dolor**, idea que a veces se nos hace complicada desde el punto de vista racional, pero que adquiere gran valor si nos fijamos en el dolor como Madre que Ella sufrió y ofreció al ver a su propio Hijo cuestionado, torturado y crucificado. Los sufrimientos nos ayudan a madurar, purifican nuestras intenciones y nos sitúan en el auténtico camino del cielo.

Como decía el beato Pablo VI *si queremos ser cristianos, debemos ser marianos.*

En la oración de la **Salve** recitamos: *Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos.* Es un buen momento para meditar los pasajes de la vida de la Virgen donde se pone de manifiesto las numerosas intervenciones de nuestra Madre a favor de nosotros, sus hijos. Nosotros nos fijamos en sus ojos buscando amor de madre, Ella no los aparta de nosotros. Nos cuida, nos consuela, nos guía. A través de sus ojos misericordiosos encontramos el perdón para los demás, el perdón para nosotros mismos y la fuerza para pedir perdón a Dios.

La Virgen de la misericordia nos enseña dónde está el refugio seguro al que acudir. Mediante su intercesión conseguirá que la Palabra de Dios llegue a lo más profundo de nuestro corazón a pesar de los muros levantados por la tibieza.

Adelaida Fernández Reyero

La Devoción que da Frutos

Vamos a meditar sobre el amor de la Virgen María a Cristo como no ha existido nunca otro semejante en este mundo. Un Amor que es ejemplo para todo cristiano. Si simplificamos un poco puede decirse que la historia de la **devoción sobre el Dolor de María** se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos hasta llegar a alcanzar en el siglo XXI la devoción a la Dolorosa en la manifestación de María bajo la apariencia de Nuestra Señora de los Dolores.

Toda la oración multisecular alrededor de la Dolorosa atestigua que la Iglesia entiende que el amor a la Dolorosa es parte del camino de santidad del cristiano. Efectivamente los frutos de la meditación pausada sobre los dolores de Nuestra Madre son muy abundantes.

Es en primer lugar una gran fuente de amor a María y a Cristo. Al contemplar el enorme dolor de María y de Jesús, sólo comparable con su **amor**, el cristiano se siente llamado a la **compasión**, y procura acompañar a María en sus sufrimientos y aprende a quererla. Se ve así empujado a la oración y a la petición. Además, al darse cuenta de que el origen de todo este dolor son nuestros pecados y el amor que María y Cristo nos han tenido procura corresponder a ese amor, convertirse y alejarse de todo pecado. Aprende además a querer a los demás hombres. La compasión de María al pie de la Cruz de Cristo nos habla de **lealtad** en las dificultades y nos empuja a estar al pie de las infinitas cruces de los hombres heridos en el cuerpo y en el espíritu y a compadecernos y solidarizarnos con ellos.

La devoción a los Dolores de María es también causa de nuestra **esperanza**. Nos hace sentir a María como alguien semejante a nosotros, que nos comprende y ayuda, porque Ella ha padecido antes que nosotros. De este modo se convierte en fuente de gran consuelo ante nuestro propio dolor. A través de María también se ve fortalecida nuestra confianza en la misericordia de Dios.

Por último, la meditación del misterio del dolor de María ilumina nuestra **fe**, ayudándonos a comprender el sentido del mal y la dignidad del sufrimiento humano. Comprendemos que el dolor tiene un sentido, pues Dios no libró del mismo ni siquiera a la Virgen María. Entendemos que el dolor aceptado por amor a Cristo y unido conscientemente a la pasión y muerte del Señor es un dolor salvífico, que completa "en nuestra carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia" (Col 1,24) y es fuerza para aceptar los dolores de nuestra vida. Es también un dolor santificador, que purifica nuestros sentimientos y nos da **libertad** sobre los bienes del mundo. Y es, por último, un dolor **evangelizador**, que lleva a meditar sobre nuestra fe y habla de las realidades que superan el tiempo y la historia.

Los siete Dolores de la Virgen María

Colegio
Montessori
Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca
www.montessorisalamanca.net